

**Erasmo Zarzuela**

Secretas vacaciones dedicadas a pasear bajo las bóvedas de Autun, donde el abate Grivot escribe, hoy, manuales sobre el diablo con encuadernaciones impregnadas de azufre, éxtasis campestres en Moissac y en Conques, deslumbrado por los Venerables Ancianos del Apocalipsis o por los diablos que arrojan las almas de los condenados a enormes calderos humeantes; y, al mismo tiempo, estimulantes lecturas del monje iluminista Beda, la búsqueda en Occam del auxilio racional para penetrar los misterios del Signo en aquellos aspectos donde Saussure aún es oscuro. Y así sucesivamente, nostalgia constante de la Peregrinatio Sancti Brandani, verificación de nuestra interpretación del Libro de Kells, nueva visita a Borges en los kenningars celtas, verificación en los diarios del obispo Suger de las relaciones entre el poder y las masas obedientes...

Umberto Eco en: Apostillas a El Nombre de la Rosa.

Bitácora de la esquina.

Nadie da, nadie sabe, más allá de cuatro pasos. Abandonar el palacio glorioso o la esquina miserable, dar vueltas por el mundo, suelen confundirse con invenciones felices o sangrientas del retorno. Ya sea que la sedentaria luz de la paciencia y de los años teja el herido bordado de lo Mismo o que la sed, el mortal deseo de traspasar el horizonte, arrasar ejércitos o cazar ballenas blancas, extiendan el único aquí por todo allá, reduzcan la Diferencia a un viajero claroscuro de los Mismo.

Cuando Lezama Lima habla de la gran travesía que realiza al cruzar el patio de su casa entre la habitación y el baño, o Lawrence clama «Partir, partir, atravesar el horizonte», son dos caras opuestas de una misma moneda las que expresan la radicalidad íntima de la lejanía o la difícil inagotabilidad de lo más próximo.

Quien se va o quien se queda es presa de una misma cantidad de pecado o redención. Ya lo dice, casi trivial y desde siempre, la afirmación de que Dios está en todas partes.

El hecho, sin embargo, es que cada quien parte. Muy lejos o muy cerca. La tienda de la esquina o el lejano puerto de altamar pueden no ser, más que otros extravíos o (re)encuentros, formas de la anticipación o la memoria, la gloria del guerrero victorioso que vuelve a casa o el ostracismo y la expulsión que se imponen al pecador y al justo.

Si bien estas líneas podrían sugerir una mínima - portátil - metafísica de los desplazamientos y los viajes, lo cierto es que su propósito, modesto, sólo apunta, invita, a considerar que en este - cualquier - país, en sus ciudades bilingües o trilingües, conformadas por múltiples vasos o espacios no comunicantes, cada cual puede, si tiene los ojos para hacerlo, emprender un particular e íntimo viaje con sólo dar unos pocos, atentos pasos.

Más allá de que eso valga para cualquiera en cualquier parte, la desgarrada desazón o felicidad es que aquí las ciudades o los pueblos en que vivimos son particularmente aptos para viajar muy lejos recorriendo, en su caso, una distancia corta. Ir a un sastre barrial o de compras a un mercado, pueden ser, si no necesariamente una inmensa travesía, por lo menos un ejercicio de la mirada y de los pasos, de la propia condición de extranjero - en el mundo o entre unos pocos manzanos - de cada quien.

Crear en sí mismo el extranjero. (Uno mismo ya extranjero de su propia vida).

Volver a la plaza de la ciudad propia, como si fuera la primera vez, como si uno viniera de muy lejos. Inventar, en suma, maneras de irse. Hacia el lejano, lejano aquí.

Juan Cristóbal Mac Lean.



Zona Franca Oruro S. A